

# Los proverbios domésticos de Mal Lara

Martha Elena Venier

El Colegio de México

En el último refrán de la décima centuria, dice Mal Lara estirando el hilo de la glosa:

"Podría yo tomar este refrán [*la mujer que cría ni harta ni limpia*] para mí mismo, porque queriendo criar estos refranes que nacieron desnudos, flacos y sin declaración alguna ni tener ninguna luz, he hecho solamente la obra principal que es criarlos, aviendo hecho mil dellos y dándolos para que ellos por sí hablen con todos los que quisieren [...] Si yo estuviera tan harto de ciencia [...] y si tuviera la limpieza de hablar en la lengua Castellana que tuvieron algunos hombres destos Reynos, y yo pudiera criar estos Refranes más hartos de ciencia y más limpios de la habla que van; pero discúlpome con la dificultad de la obra, el trabajo muy grande, el amor con que los hago y el desseo de criar más".<sup>1</sup>

Al parecer sí los crió, según testimonio de un coetáneo y según la mención frecuente en las glosas de refranes "que se dirán en su lugar."<sup>2</sup> Entre los refranes que promete Mal Lara (de los que Sánchez y Escribano, en la obra y lugar citados, hace cuidadoso escrutinio) hay unos destinados al "gobierno de la casa". Éstos, por lo que se desprende de algunas glosas, correspondían a la parte económica de la vida doméstica, complemento nada desdeñable de la complicada administración del hogar:

"El saber del padre de familia o señor de la casa es tantear de tal manera lo que se gana o lo que se tiene, que no le vengan a dezir 'poco tener y mucho gastar', y que sean tres tantos el gasto que el recibo. Esta es la regla del gobierno de la casa que entra en la *Filosofía Económica*".<sup>3</sup>

Algunos refranes que Mal Lara guardaba para su futura colección se deslizaron por su voluntad en la *Filosofía* para completar el escenario doméstico ilustrado ahí con abundancia y no pocas contradicciones.

Al seleccionar los proverbios económicos, Mal Lara ha de haber forzado al máximo su criterio de clasificación. Pocas variantes hay, por lo que se lee, entre ellos y el bulto de los que están impresos. Se lee también que la administración del dinero, si se quería efectiva, debía ser tarea compartida, porque tanto contribuía al bienestar

monetario el que provenía del trabajo asalariado, cuanto el que se obtenía con la industria casera de la rueca y el telar, cuanto de la templanza en el gasto. Es lo que dicen texto y glosa del refrán *Vos texedora, yo calafate, no avrá dinero que nos escape* (C6-24):

"Siendo necesario el oficio para el mantenimiento de la vida de los hombres, avía dos que se ordenavan de casar, y tratando lo principal era que ganarían muy bien con los oficios que tenían; ella texedora, que para las mugeres es muy antiguo [...]; calafates se llaman [...] los que viven en las sierras do labran naos, y el que labra naos y barcas gana bien. Assí que trabajandø ella en oficios de la tierra y él por los de la mar, no avrá dinero que se les escape".

Otro ejemplo, tan concreto como el que termino de copiar, y que, afirma el autor, pertenece a los del "gobierno de la casa", es el que dice *El pie en la cuna, las manos en la rueca, hila tu tela y cría tu hijuela* (lo recoge Correas en su *Vocabulario de refranes*, con variantes muy claras sobre el oficio de la mujer: "la mujer de buen aliño hilaba, devanaba, vendía vino y daba la teta al niño").

Sánchez y Escribano destaca el procedimiento científico en la elaboración de la *Filosofía* y el valor utilitario que hacen el carácter del libro,<sup>4</sup> afirmación sobre la que no cabe dudar. Pero el orden, el método, la utilidad se descubren también en la obra como parte de los que podríamos llamar "programa de vida" individual o colectivo, según leamos. Se muestra ahí Mal Lara meticoloso, cauto, persuasivo en su didáctica. En el primer refrán de la tercera centuria, *Antes que te cases mira lo que hazes, que no es nudo que así desates*, aconseja la lectura de una bibliografía sobre el tema del matrimonio,<sup>5</sup> y justifica su interés con la afirmación siguiente:

"No menos le darán aviso más de trezientos y treynta refranes que se ponen desde aquí en adelante, que yo quise leer y glossar antes que me casasse, adonde junté todo lo que hallé escrito y después visto en experiencia de muchos".

Los temas, repetidos con frecuencia en esos centenares de refranes (más otros tantos que podrían sumarse a esa cuenta, ya que directa o indirectamente todo va a alimentar la misma materia), son domésticamente vulgares: armonía y responsabilidad, anarquía y descuido, fidelidad y adulterio. Poco hay allí de excepcional. Lo novedoso es que Mal Lara haya elaborado con el ejercicio de su criterio o de sus principios, con la ayuda del relato popular, el testimonio de autoridades clásicas y contemporáneas, y con bastante humor, un breve tratado de moral hogareña que se expresa por lo deseable, su estado ideal, y la contrapartida, lo indeseable, su estado anormal.

En el refrán *Quien no alza un alfiler, no tiene en nada a su muger*, último de la quinta centuria, después de un breve exordio (alfiler, cosa menuda) y de una amplificación que se eleva con numerosos ejemplos de amores históricos felices y trágicos, desciende el autor, en el epílogo de su discurso, a lo que le interesa:

"Pues, ¿qué hombre avrá en el mundo tan inhumano que conociendo en su muger amor, honestidad, prudencia y, en fin, un mediano juicio, no la tenga en mucho viéndose pagar con la misma moneda: la diligencia que trae la mujer en servirlo y contentarlo; el cuidado en mirar lo que más agrada a su marido, aquel respeto de la honra común con que se pagará? Pues, ¿por qué desdénas en darle un alfiler, quiero dezir mostrarle alguna señal de amor que merece el sufrir tus importunidades: guardar la casa, conservar tu hazienda, quitar el amor de sus padres y parientes y colocarlo todo en ti; que si eres enfermo, curar tus enfermedades; aquel regalo, aquella alegría de rostro? No sólo deve el hombre satisfacer en esto a su muger, sino dar grandes gracias a Dios que le dio tan hermosa y cuerda compañía a su servicio".

Esta es la armonía, un gesto minúsculo y a la vez amplio, síntesis de un provechoso dar y recibir (o dar para recibir), a la que contribuye también un linaje común que se muestre en el equilibrio de costumbres, riquezas, gustos, y permita la distribución equitativa de tareas y responsabilidades puertas a dentro y puertas afuera.<sup>6</sup>

A este hombre de gestos generosos, que puede ser "trabajador en el cuerpo o en el espíritu," y que regresa a su casa con gusto, le corresponde una mujer – según sentencia de diversos refranes – que cuide y acreciente su hacienda, vea por los hijos, sea devota en sus justos límites, que no sea tonta ni pase de lista, no fea, tampoco hermosa, que no busque lujos ni sea sucia, que no se pinte, pero vaya compuesta, que no busque la plaza y más calle que hable. Una mujer, en resumen, sólida y neutra, cuya figura se repite, con pocos cambios de detalles, desde el tratadito de economía doméstica atribuido a Aristóteles, hasta las casadas perfectas y cristianas del siglo XVI.

Y todo esto, porque a la armonía le corresponden tonos medios; los extremosos o estridentes son causa de anarquía. Esos tonos medios no son compatibles con la mediocridad sino con la cordura, según reza el proverbio *Matrimonio ni señorío no quiere furia ni brío*. Por él se ha de entender que ambos (matrimonio y señorío) "gobiernan al mundo" y en ellos "está recogida toda la Filosofía que trata del gobierno de la casa y de la República. En las cuales ninguna cosa se ha de hazer con furia, que es alocadamente y sin mirarla, ni con brío [muy despacio].<sup>7</sup> [...] Pues aviendo menester todos los negocios esta virtud compuesta de presteza y tardança, de reposo y denuedo, de trabajo y descanso, de furia y brío, con razón conviene aver esto en el matrimonio y en el señorío del matrimonio ..." (C5-1).

Puestos ya marido, mujer, prole y el resto de la familia extendida en la recoleta y tolerante república doméstica, hay que considerar su lado incierto, el asedio constante de pequeñas y grandes maldades, cuyo peso, a juzgar por la frecuencia con que se presentan, es de consideración.

"¿Cómo – pregunta un mozo – no riñe tu amo?" "Porque no es casado", responde el otro (C3-62). "La dote de la muger – dice la glosa – son las renzillas", accidente éste, entre otros, de importancia menor y hasta normal en el matrimonio. Lo de peso en la

cotidianeidad es la condición de la pareja cuando dar y recibir pierden su equilibrio o su estado ideal y se sitúan en el estado normal de todos conocido.

Escogidos de manera aleatoria entre otros parecidos, dos refranes dan testimonio de esa situación. El primero dice: *Soltero pavón, desposado león, casado asno*. Mal Lara cruza, entre irónico y burlón, por esos tres estados. El que joven y despreocupado gasta dinero en acicalarse y dejarse ver; el que recién casado toma lo que le corresponde con el vigor y el entusiasmo que es menester, y que luego (según el dicho "casarás y amansarás"):

"comienza a pasar los trabajos acostumbrados: a oír las voces de los niños, las quejas de la muger, las renzillas de cuñadas y suegras, los gastos sin propósito [...], el yr y venir a la plaça y el cuydado del continuo proveer y otros mil pesares que a primera vista espantan al hombre y lo tornan asno: que sufra lo que le dixeren, que calle lo que oyere, que lleve lo que le cargaren, haga lo que le fuere mandado y coma cuando se lo dieren, y al fin passe como todos los casados" (C5-94).

Pero no hay ironía en el final de la glosa: "ya he dicho que éste no es consejo para espantar a los hombres." A veces remata Mal Lara sus discursos con esos brevísimos epílogos, no a manera de encomio o aliento, sino de corolario natural para hechos normales o por lo menos comunes. Así acaba también la glosa del segundo refrán, *Madre, ¿qué cosa es casar? Hija, hilar, parir y llorar*. La respuesta de la madre, parte sustancial de la explicación, es un breve, patético retrato de la casada común, al que sin duda Mal Lara no añadió detalles imaginados por él, salvo, quizá la hipérbole de la primera línea:

"Tu vida ha de ser meterte en una cárcel o prisión, a donde has de hazer siempre estas tres cosas; nunca estarás ociosa ni tendrás vagar, porque harás siempre hazienda y, si fuere menester, mantener a ti, y a tu marido y casa de tu trabajo. Lo segundo, parir hijos [...] Lo tercero, llorar acozeada del marido, o viéndose pobre, o descontenta, o tener siempre al lado muchachos que lloren [...] Quiero que entendamos aquí [concluye Mal Lara], que aunque esto se pregunte a las madres, no por eso se ha de espantar nadie, pues es natural trabajo y viene juntamente con el hombre y la mujer". (C5-7)

El trabajo y otras cosas. En ese industrioso círculo abundan el rencor, la deslealtad, la hipocrecía, entre los pecados menores, y el adulterio entre los más notorios. Sobre decir que todos caen por igual en esas prácticas mezquinas, pero las leyes no escritas de la tradición y la fuerza del punto de vista inclinan el peso de un lado. Mal Lara declara mesurado el contenido del refrán *El hombre bueno no sube a techo ajeno*, quizá porque su escaso misterio no se presta a mucha lucubración. Pero le invita --o

le obliga-- a elaboradas deducciones el que dice *Ay, qué trabajo vezina; el ciervo muda cada año el penacho y vuestro marido cada día* (C4-1).

Mal Lara opta por la prudencia cuando se mete en vedado – cuando el refrán es ofensivo, grosero, torpe –, pero optar por la prudencia no significa dejar de lado el asunto espinoso, sino procurar argumentos verosímiles por medio del testimonio que le proporcionan la anécdota, el cuento, las fuentes eruditas que su instrucción le pone a la mano y no menos las reflexiones que ellas le inspiran.

"Tres cosas – dice – ay en este refrán notables. La primera, el dolor que muestra la vezina. La segunda, la semejança que trae natural del ciervo. La tercera, el daño que recibe el marido". De las tres (la primera es casi pie para dar entrada al resto del proverbio; la última es materia común de la honra tratada con frecuencia) le interesa el penacho del ciervo en particular (razón para inquirir sobre los cuernos en general), símbolo curioso del adulterio, cuyo misterioso origen prueba desentrañar. Reúne para ello algo de información científica que le proporcionan Aristóteles en *De los animales*, Plinio en su *Historia natural*, y la literaria que copia de Virgilio (*Geórgicas*), de Ovidio (*Arte de amar*) y de una sátira de Horacio.

En ningún refrán se observan con más claridad los recursos (científicos, para Sánchez y Escribano) de este hábil maestro de retórica, ni se justifica con más claridad el propósito de las glosas: "Es la verdad que, considerando bien, este negocio no era para escribirse; pero teniendo entre manos la materia, y viendo que hay de todo en ella, somos obligados a buscar las cosas que, pidiendo razón, no se sabe dar."

A pesar de cuantos médicos de su honra documenten la ficción y la realidad, a pesar de cuanto elogio reciban la virtud y el respeto conyugal, el censurado adulterio conserva, por lo menos, las formas y oportunidades que identifica la lección popular. El código vago, entre tolerante y estrecho, que norma ese principio de integridad conyugal y familiar, se halla no tanto desgastado cuanto esclerótico, y así aparece en la mayoría de las glosas que de él tratan. Lo único original a propósito de esa circunstancia es cierta dolorida indignación, perdida entre líneas, porque en la infidelidad van a perderse la lealtad y el entendimiento manifiestos en actos cotidianos e inconscientes: "comer tantos días juntos, verse y comunicarse, reyr y pasar tiempo buenamente..."

Mal Lara rescata (procura rescatar) en sus glosas un mundo bienaventurado y virtuoso, que perfila el ideal sugerido con frecuencia en la *Filosofía* y en tantas obras contemporáneas de género diverso. Pero lo que se distingue en ese vasto y abigarrado cuadro de costumbres es un mundillo de sordas mezquinidades, pequeños odios y miserables trueques, expuesto en las breves líneas del refrán, que es filosofía vulgar, es decir experiencia.

NOTAS

- 1 *Filosofía vulgar* (Lérida, 1621); en este volumen, preceden y siguen al texto de la *Filosofía* los *Refranes* de Hernán Núñez y las *Cartas de refranes* de Blasco de Garay. Aunque carece de los valiosos preámbulos, sirve para los propósitos de este trabajo. Respeto la ortografía, salvo la transcripción de v = u, u = v, enmiendo la puntuación. Para ubicar los refranes, menciono primero el número de la centuria y luego el que dentro de ella tiene asignado.
- 2 F. Sánchez y Escribano, *Juan de Mal Lara. Su vida y sus obras* (Nueva York, 1941: 132-139).
- 3 "A Dios te doy libreta, bebida y por hilar" (C1-4).
- 4 "Algunos aspectos de la elaboración de la *Filosofía vulgar*". En *Revista de Filología Española*, 22 (1935): 280.
- 5 "Quien quisiere leer de matrimonio lea a Stobeo, que juntó sentencias de todos lugares comunes. Plutarco escribió quarenta y nueve preceptos para gobernarse en el casamiento. Lea también un libro que se llama *Sylva nuptialis*, que podrá en abundancia satisfacer a los consejos que se requieren en este negocio. Así mismo vea a Coelio Rhodigino..." Américo Castro, en su artículo "Juan de Mal Lara y su *Filosofía vulgar*" – que expone las deudas del autor para con Erasmo – enlista las fuentes humanistas citadas con frecuencia en las glosas (*Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925: 575-577).
- 6 "Para alcanzar una cosa tan excelente como el bien casar, razón es [...] que sea con su igual en estado, linage, tierras, costumbres, afecciones, riquezas, de tal manera que no aya entre ellos notable desigualdad..." ("Si quieres bien casar, casa con tu ygal" (C5-88); y también "Casa a tu hijo con tu ygal y no dirán de ti mal (C3-57).
- 7 Quedan dudas en Mal Lara sobre su explicación de *brío*: "Algunos tienen que brío es priessa; yo no sé cómo es, pues Antonio de Nebrissa en su vocabulario lo llama *Morositas* y *Morusus*, que es lo que yo digo, y el vulgo así lo entiende". Corominas (*Diccionario crítico etimológico*, s.v. *brío*) anota que quizá en Nebrija signifique 'garbo, gallardía, elegancia'. El *Diccionario de Autoridades* recoge el refrán con la interpretación de Mal Lara y la corrige, como, creo, debe entenderse; *furia* y *brío* son matices de una misma actitud, no contrarios: "lo que enseña este refrán es que en cualquier solución se debe proceder con templanza y prudencia para lograr el acierto".